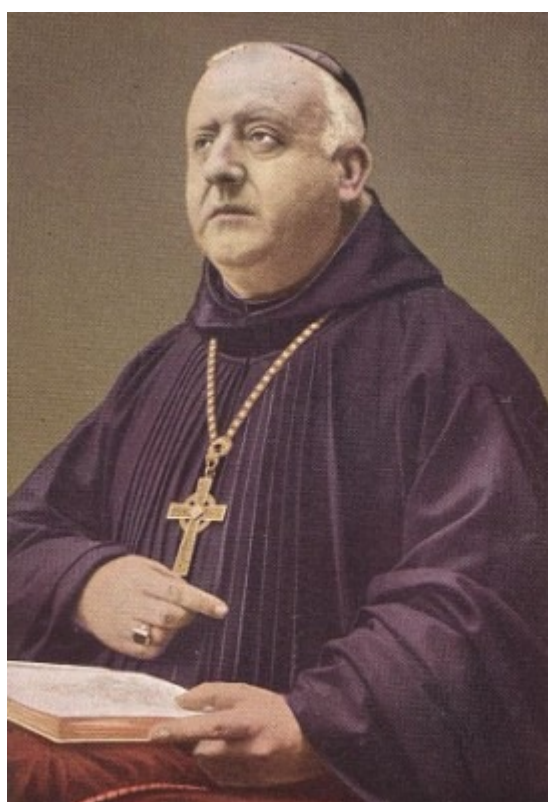


Extracto sobre "La compunción del corazón"

BEATO COLUMBA MARMIÓN, OSB

Jesucristo, ideal del monje



Fundación GRATIS DATE

Pamplona, 2018

Título original: «Le Christ idéal du moine» (90.º millar), Les Editions de Maredsous, 1947.

Tomado de: «Jesucristo, ideal del monje», Editorial Litúrgica Española, Barcelona, 1956

Nota: Los párrafos que aparecen entre [corchetes] no son texto de Dom Marmión, sino Notas del traductor a pie de página.

A . El desprendimiento (Reliquimus omnia)

VIII. La compunción del corazón

No se puede «volver a Dios» sino removiendo antes los obstáculos que se atraviesan en el camino.

Desde el principio del prólogo de la Regla, san Benito presenta al alma la vida monástica como «un retorno a Dios». Todos conocemos el motivo: porque el pecado nos ha apartado de Dios desde nuestro nacimiento. «Estabais lejos» (Ef 2,13), dice san Pablo. Por el pecado, el alma «se desvía de Dios, bien infinito e inmutable, y se convierte a la criatura, que es un bien transitorio». Así define santo Tomás el pecado: «desviación del bien inmutable y conversión hacia el bien transitorio» [III q. 87, a. 4, y II-II, q. 157, a. 6]. Si queremos, pues, buscar sinceramente a Dios, menester es romper todo lazo desordenado con la criatura para darse solamente a Dios. Esto constituye para san Benito la «conversión»: «Cuando alguno llegare a la conversión» (RB 58).

Nuestro santo Padre no toma la palabra «conversión» en el sentido particular y preciso que comúnmente le damos, sino como el conjunto de actos por los cuales el alma, evitando el pecado y desprendiéndose de la criatura y de todo móvil humano, se afana por obviar los obstáculos que se oponen a ir a Dios y buscarlo únicamente.

Entre Dios y el pecado hay una incompatibilidad irreductible; no puede haber alianza posible entre Cristo y Belial, padre del pecado (2 Cor 6,15), enseña san Pablo. Sería una ilusión imaginar que Dios se nos comunicara sin que detestáramos el pecado; y esta ilusión es tanto más peligrosa cuanto es más frecuente. Debemos desear ardientemente la unión con el Verbo; pero este deseo debe ser eficaz y movernos a destruir cuanto se oponga en nosotros a dicha unión.

Algunos encuentran admirable, y lo es, lo que llaman la parte positiva de la vida espiritual, a saber: el amor, la oración, la contemplación y unión con Dios; pero no hay que olvidar que éstas sólo se hallan aseguradas en un alma purificada de todo pecado y de todo hábito vicioso, y que se esfuerza por amortiguar las causas del pecado y de las imperfecciones, mediante una vida llena de generosa vigilancia.

Débil es la vida del alma con tendencias viciosas no combatidas: su edificio espiritual vacila, si no es constante en rehuir el pecado, pues está construido sobre arena movediza.

Cuando se ven los malos ejemplos de aquellos que abandonan el sacerdocio, de aquellos religiosos que «hacen llorar amargamente a los ángeles» (cfr. Is 33,7), uno se pregunta: ¿Cómo ha sido posible que almas privilegiadas hayan descendido tan bajo? Esas caídas, ¿han sido de una vez y como por sorpresa? En manera alguna; no son catástrofes súbitas; su causa es remota. Los fundamentos del edificio estaban minados de tiempo atrás por el orgullo, el amor propio, la presunción, la sensualidad y la falta de temor de Dios. En un momento dado, ha soplado el viento de la tentación y el edificio se ha tambaleado y con estrépito se ha venido abajo.

Por esto san Benito pone tanto empeño en indicarnos la necesidad de una labor previa sobre nosotros mismos, que lógicamente debe preceder a todo desenvolvimiento, a todo florecimiento, a toda conservación de la vida divina en el alma. Y como las raíces del pecado, que son la concupiscencia de los ojos, de la carne y de la soberbia, nunca están enteramente extirpadas en

nosotros, el trabajo de expurgar no cesa jamás del todo; y aunque el alma, a medida que progresa, se conduce con mayor libertad espiritual, no debe, sin embargo, descuidar jamás la vigilancia.

El santo Legislador quiso, pues, que este trabajo fuese objeto de una promesa que nos obligara por toda la vida, «la promesa de la conversión de costumbres» (RB 58); y es el segundo de los votos que emitimos. Por él nos obligamos a tender a la perfección, esto es, a la unión con Dios, a conformarnos con su voluntad, por el amor.

Hay obstáculos que estorban esta unión, por lo cual la busca de la perfección exige que comencemos por apartarlos de nuestro camino. San Benito es también muy explícito en esta materia: nos señala también los «instrumentos» que hay que emplear para desarraigar los vicios: «No dejarse llevar de la ira; no guardar resentimiento; no tener dolo en el corazón; no dar paz fingida; no volver mal por mal; guardar su boca de palabras malas y viciosas», etc. Quiere que «todos los días confesemos a Dios en la oración con lágrimas y gemidos los excesos de la vida pasada y que en adelante nos enmendemos de ellos» (RB 4).

En otra ocasión declara que sólo cuando el alma «esté purificada de vicios y pecados, el Espíritu Santo obrará plenamente en ella y el amor perfecto reinará como principio de su vida» (RB 7). Es, pues, necesario este trabajo de destrucción y desapego del pecado, si queremos llegarnos a Dios y encontrarle a Él únicamente. Hay que emprender esta labor, no por sí misma, sino como condición de vida, como el único medio de dejar que se desarrolle y conserve en nosotros la unión con Dios. Examinemos, pues, de qué modo debemos aplicarnos a este trabajo y descubriremos que uno de los mejores medios es la compunción del corazón, y veremos también lo que la Iglesia y los santos piensan de este sentimiento, los preciosos frutos que reporta al alma y, finalmente, las fuentes de donde procede.

1. La compunción, medio eficazísimo de evitar el pecado, es un sentimiento habitual de contrición

El pecado mortal es el obstáculo esencial a la unión divina, así como el venial deliberado impide el progreso espiritual: ni uno ni otro se compadecen con la perfección, según es manifiesto.

Por el pecado mortal el alma se desvía enteramente de Dios, y pone su fin en la criatura; su alejamiento de Dios es radical, y su unión con Él queda destruida. Si le sorprende la muerte en este estado, quedará fijada para siempre en este alejamiento de Dios: «Apartaos de mí, malditos» (Mt 25, 41). El Padre celestial no reconoce la imagen de su Hijo en el pecador, y por eso le excluye enteramente de la herencia. El pecado mortal se borra por la contrición perfecta y por el sacramento de la penitencia que aplica al alma los méritos infinitos de Cristo y la purifica de la culpa.

Para el pecado venial no se precisa acudir al sacramento de la penitencia, por más que sea un medio excelente, ya que Jesucristo lo instituyó para remisión de todos los pecados: basta un acto de caridad, una comunión fervorosa, si no hay afecto al pecado. Atendamos bien a esta condición, que es de importancia suma en la vida espiritual.

Cuando se trata de la perfección, conviene distinguir cuidadosamente entre pecados de fragilidad y pecados deliberados. El pecado venial, por sorpresa, que escapa a nuestra debilidad, no nos detiene en la búsqueda de Dios; con nuestra humillación salimos de él, y en él encontramos un estímulo nuevo y más fuerte para amar a Dios. Mas lo contrario sucede –hay que tenerlo muy en cuenta– en el pecado habitual y plenamente deliberado. Si se cometen regularmente faltas veniales deliberadas; si se cae a sangre fría, sin remordimiento, en faltas voluntarias y habituales contra la observancia de la Regla, aunque ésta no obliga bajo pecado, es imposible que el alma que así obra haga verdaderos y constantes progresos en la perfección.

No son, ciertamente, nuestras fragilidades, las flaquezas de alma y cuerpo, las que ponen óbice a la gracia, pues Dios conoce nuestra miseria y el barro de que fuimos formados; lo que paraliza la acción de Dios en nosotros es el aferrarse al propio criterio, al amor propio, la fuente más fecunda de infidelidades y faltas deliberadas. Poco antes de su pasión, el Salvador, contemplando la majestuosa esplendor de Jerusalén, «llora por ella» (Lc 19, 41) al pensar en su cercana ruina. «¡Qué de veces –exclama– he querido atraerte a mí, a mi Padre, y no quisiste»: et noluisti! (Mt 23,37) Reflexionemos sobre esta palabra: noluisti.

Cuando el Señor encuentra una tal resistencia, siquiera sea en cosas mínimas, parece como impotente para obrar sobre el alma. ¿Y por qué? Porque ésta fomenta en sí hábitos que constituyen y mantienen obstáculos que se oponen a la unión divina. Dios quisiera aproximarse, pero encuentra barreras que impiden la plenitud de su acción: el alma no responde a sus divinas insinuaciones y opone diariamente un «no» a las inspiraciones del Espíritu Santo que la inclina a la obediencia, a la humildad, a la caridad y al desprendimiento de sí misma. ¿Cómo podrá progresar seriamente con estas disposiciones? Imposible de todo punto.

Esta alma, no solamente no se elevará hacia Dios, mas correrá riesgo de caer en graves culpas. Las veniales predisponen a una ruptura completa con Dios, porque quitan vigor a la resistencia contra la tentación, y el Espíritu Santo termina por retirarse cuando se le contrista (Ef 4,30), dice San Pablo, con infidelidades voluntarias; y entonces una simple sacudida bastará para hacerla caer a esta alma en la culpa mortal, como nos enseña la triste experiencia.

Este estado de tibieza es particularmente peligroso cuando proviene de pecados del espíritu, orgullo, desobediencia; establece un muro entre Dios y nosotros; y como Dios es el origen de nuestra perfección, el alma que se sustrae a la acción divina se cierra la puerta a todo progreso.

Para evitar ese estado tan peligroso, nada mejor que la compunción del corazón.

Los que estamos obligados a tender a la perfección debemos considerar este punto como de capital importancia. Si hay tantas almas que no adelantan en el camino del amor de Dios; si abundan, desgraciadamente, las que se acostumbran fácilmente a los pecados veniales y a las infidelidades deliberadas, es porque no están animadas del espíritu de compunción. ¿Qué es, pues, la compunción?

Es una disposición del alma que la mantiene habitualmente en la contrición. Supongamos un alma piadosa que tiene la desgracia de caer en pecado mortal, lo que puede suceder, en el mundo de las almas, donde se dan abismos de flaqueza y excelsitudes de santidad. La misericordia divina le concede la gracia del arrepentimiento, de una confesión sincera y penitente de su pecado; es imposible que caiga en la misma culpa en el momento mismo en que siente tan doloroso pesar.

Miremos al hijo pródigo cuando vuelve a la casa paterna. ¿Le imaginaremos, después de su regreso, con aire desenfadado y presuntuoso, como si siempre hubiera sido un hijo sumiso?: ¡Ah, no! Pero se dirá tal vez: ¿no se lo perdonó todo su padre? Sí, ciertamente: recibióle con los brazos abiertos; no le echó en cara su conducta; no le dijo: «Eres un miserable»; le estrechó contra su corazón. Incluso al padre, la vuelta de este hijo le llenó de alegría hasta el punto de preparar para el pródigo arrepentido un opíparo festín. Todo quedó olvidado, todo perdonado.

Esta conducta del padre del hijo pródigo es la imagen de la misericordia del Padre celestial. Ahora bien, ¿cuáles serían los sentimientos del hijo perdonado y la actitud que observaría en adelante? No lo dudemos; serían los mismos que le animaban cuando arrepentido se arrojó a los pies de su padre. «Padre, pequé contra vos; no soy digno de llamarme hijo vuestro; mas tratadme como al último de vuestros siervos». Tengamos por cierto que estas disposiciones eran las que predominaban en su alma en medio del regocijo con que era celebrado su retorno, y que, aunque más tarde su contrición perdiera en intensidad, no se borraría nunca del todo de su alma, aun después de repuesto para

siempre en su lugar en la casa paterna. En su nuevo estado de prosperidad, ¡cuántas veces no diría a su padre:

«Todo me lo habéis perdonado, pero mi corazón no cesará de repetir con gratitud, que me pesa de haberos ofendido y deseo con todas veras remediar con fidelidad mayor todo lo pasado»!

Tales deben ser los sentimientos del alma que ofendió a Dios, despreciando sus perfecciones y renovando los sufrimientos de Jesucristo.

Supongamos ahora en esta alma no un acto aislado de arrepentimiento, sino un estado habitual de contrición: es casi imposible que caiga nuevamente en falta deliberada. ¿Y esto por qué? Porque está sólidamente establecida en una disposición que por su propia naturaleza le mueve a rechazar el pecado. El espíritu de compunción es precisamente sentimiento de contrición, que domina de un modo permanente en el alma. Constituye al alma en un estado habitual de odio al pecado; por los movimientos interiores que provoca, es medio efficacísimo contra las tentaciones.

Entre el espíritu de compunción y el pecado existe una irreductible incompatibilidad, porque fortifica al alma en el horror al pecado y en el amor de Dios. Así vemos que San Bernardo emplea más de una vez la palabra «compunción» por «perfección». Hasta tal punto este sentimiento, cuando es sincero, preserva al alma de ofender a Dios.

2. Lo que dicen los santos y la Iglesia enseña

La espiritualidad de los primeros tiempos inducía a una piedad muy estable, lo que no podemos menos de admirar. Aparte las inevitables excepciones, vemos a los antiguos monjes, que se reclutaban a veces en medios más rudos que los nuestros, alcanzar en poco tiempo una vida interior de gran firmeza, al paso que muchas almas de nuestros días, aun entre los religiosos y consagrados a Dios, viven una vida espiritual de terrible inestabilidad. Las fluctuaciones a que están sujetas son innumerables, y sus ascensiones interiores tropiezan siempre con obstáculos, hasta el punto de verse comprometido en ellas todo progreso.

La causa de estas vacilaciones espirituales hay que buscarla las más de las veces en la falta de compunción; no hay medio más seguro de comunicar a la vida espiritual firmeza y estabilidad, que el impregnar al alma de espíritu de compunción.

Generalmente, los autores modernos son parcos en tratar de esta materia al contrario de los antiguos místicos. [Véase, no obstante, al P. Faber, *El Progreso del alma*, c. 19, *Del dolor constante que el pecado debe fomentar en nosotros. Léanse también las bellas páginas dedicadas a la compunción en El ideal monástico y la vida cristiana de los Primeros siglos*, de Dom D. G. Morin], que insistían en la importancia de la compunción para el progreso espiritual, y los mayores santos practicaron y recomendaron semejante disposición del alma.

«Sabéis –dice San Pablo a los de Éfeso– que desde que llegué a Asia no he cesado de servir a Dios en medio de vosotros, con humildad y lágrimas» (Hch 20,18-19). El Apóstol recordaba los tiempos en que persiguió a la Iglesia (Flp 3,6); no se avergüenza, al escribir a su discípulo Timoteo, de acusarse de que fue «blasfemo» y perseguidor; se llama a sí mismo «el primero de los pecadores», que obtuvo misericordia para que Jesucristo pudiese manifestar con él, antes que con ningún otro, su inagotable longanimidad, y presentarla como ejemplo a todos aquellos que después habían de creer en Cristo.

Al recordar esta misericordia infinita, el Apóstol prorrumpe en este grito de reconocimiento: «Al rey de los siglos, inmortal e invisible, Dios único, se tribute honor y gloria por todos los siglos» (1 Tim 1,13 y ss.).

Otro «converso», objeto de la misericordia divina, san Agustín, ha dejado escrito [Ep. 130, c. 10]: «Hablar mucho en la oración es hacer una cosa necesaria con palabras superfluas. Orar mucho es importunar, con un piadoso movimiento del corazón, a la puerta de quien llamamos; porque la oración consiste, no tanto en largos discursos y abundancia de palabras, cuanto en lágrimas y gemidos, pues no desconoce nuestras lágrimas el que creó con su Verbo todas las cosas, y no necesita de palabras humanas».

Nuestro bienaventurado Padre se hace eco de estas mismas expresiones: «En la oración –dice– debemos templar el alma en la compunción» (RB 52). «Y no olvidemos –dice en otro lugar– que seremos atendidos, no por largos discursos, sino por la pureza del corazón y el arrepentimiento con lágrimas» (RB 20). El santo Patriarca no osaría afirmar esto si no estuviera convencido de ello y no lo hubiera él mismo experimentado. Veamos asimismo el retrato del monje perfecto, tal como está descrito en el duodécimo grado de humildad: «Ha llegado –dice– a aquel amor de Dios que, por ser perfecto, excluye todo temor» (RB 7). ¿Cuál es la actitud de este monje? «Se juzga reo de pecado en todo momento, indigno de levantar la vista al cielo».

Este es realmente el sentimiento que se encuentra en todas las almas santas. Una distinguida matrona, convertida de una vida de lujo y disipación, escribía a san Gregorio que le importunaría siempre hasta que le asegurase que Dios le había perdonado sus pecados. El santo Pontífice, empapado en el espíritu de la Regla, le respondió que «su demanda era tan difícil como perjudicial: lo uno porque él se juzgaba indigno de revelaciones, y lo otro porque para su eterna salvación era mejor que no llegara la certeza del perdón [aquella certeza absoluta que excluye toda duda y todo temor] hasta el último momento de la vida, cuando no pudiera ya llorar sus pecados y apenarse delante de Dios.

Hasta el fin de su vida debía mantenerse la consultante en la compunción del corazón no dejando pasar ni un solo día sin lavar con lágrimas sus manchas espirituales» [Epistolae, I, VII, c. 25]. Santa Gertrudis, verdadero lirio de pureza, decía al Señor con su profunda humildad: «El mayor milagro, Señor, es que la tierra soporte a una pecadora como yo» [El Heraldo del amor divino, t. I, lib. I, cap. 11]. Y Santa Teresa, aleccionada en la perfección por el mismo Jesucristo, había escrito en su oratorio estas palabras del Salmista. «No quieras entrar en juicio con tu siervo, Señor» (Sal 142, 2). No era exclamación de amor, ni expansión de alabanza, sino grito de arrepentimiento de esta alma seráfica, la cual, según cuentan sus biógrafos, jamás había cometido un pecado mortal [Santa Teresa, según los Boland., t. II, cap. 71].

Santa Catalina de Siena no cesaba de implorar cada día la misericordia divina, y terminaba siempre su plegaria con esta invocación: «Apiádate, Señor, de mí, porque he pecado» [(Drane, Histoire de Ste. Catherine de Sienne, vol. I, 1ª parte, cap. IV). Santa Catalina en su Diálogo tiene un tratado sobre las lágrimas. El beato Raimundo de Capua cuenta que, maravillado de las obras de Catalina, deseaba tener una prueba incontrastable de que proviniesen de Dios. Se le ocurrió pedir a la santa que le obtuviese del Señor una contrición extraordinaria de sus pecados, pues, añade, «nadie puede tener esta contrición si no le es dada por el espíritu Santo, y tal contrición es un gran don de Dios». Santa Catalina obtuvo lo que se le indicaba (Vie de Ste. Catherine de Sienne, por el beato Raimundo, 1ª parte, c. IX; trad. Huguéeny, pág. 80)].

En todas estas almas no se trataba, al expresarse así, de actos singulares, de impulsos pasajeros; sus palabras eran fiel expresión de un sentimiento interno, permanente, ávido de manifestarse.

Este habitual sentimiento de compunción es tan precioso, que, como dice santa Teresa, rebosan de él las almas que han sido objeto de más favores divinos. Hablando de las que han llegado a la sexta morada del castillo interior, la Santa les recomienda muy mucho no olvidar los deslices pasados. «El dolor de los pecados –escribe– crece más, mientras más recibimos de nuestro Dios. Y tengo yo para mí que hasta que estemos adonde ninguna cosa puede dar pena, que ésta no se quitará.

Verdad es, que unas veces aprieta más que otras, y también es de diferente manera; porque no se acuerda de la pena que ha de tener por ellos, sino de cómo fue tan ingrata a Quien tanto debe y a Quien tanto merece ser servido; porque en estas grandezas que le comunica, entiende mucho más la de Dios. Espántase cómo fue tan atrevida; llora su poco respeto, parécele una cosa tan desatinada su desatino, que no acaba de lastimar jamás, cuando se acuerda por las cosas tan bajas que dejaba una tan gran Majestad. Mucho más se acuerda de esto que de las mercedes que recibe, siendo tan grandes como las dichas, y las que están por decir, parece que las lleva un río caudaloso, y las trae a sus tiempos. Esto de los pecados está como un cieno, que siempre parece que se avivan en la memoria, y es harto gran cruz» [Santa Teresa, Obras: Moradas sextas, c. 8, 1, 2].

La misma Iglesia nos ofrece en la liturgia de la misa bellos ejemplos de compunción de corazón.

Observemos qué hace el sacerdote en el momento de ofrecer el santo sacrificio, que es el más sublime homenaje que la criatura puede tributar a Dios. No podemos menos de suponer al sacerdote en estado de gracia, en amistad con Dios: de otra suerte cometería un sacrilegio. ¿No parece, pues, lo natural que en el momento en que va a realizar el acto más solemne del culto, el sacerdote llamado por Dios entre muchos a tan alta dignidad, debe albergar únicamente en el alma sentimientos de amor?

No; la Iglesia, su tutora infalible, comienza por hacerle confesar ante los fieles su condición de criatura y de pecador: Confiteor Deo omnipotente... et vobis, fratres, quia peccavi nimis, «Yo confieso ante Dios todopoderoso ... y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho».

Después, en el curso de la augusta ceremonia, multiplica en sus labios las fórmulas en que demanda perdón: «Borrad, Señor, os lo suplicamos, nuestras iniquidades, para que, con un corazón puro, entremos en vuestro santuario». En medio del canto angélico, mezcla con las exclamaciones de amor y santa alegría los acentos de compunción. «Apiadaos de nosotros, Vos, que perdonáis los pecados del mundo». Ofrece a Dios la hostia inmaculada «por la multitud de sus pecados, ofensas y negligencias»; antes de la consagración le ruega «que le salve de la condenación eterna».

Después de la consagración, en la cual el sacerdote se ha identificado con el mismo Cristo, suplica a Dios «que le haga participe de la compañía de los santos, a pesar de sus faltas». Llega el momento en que debe unirse sacramentalmente con la víctima divina, y se golpea el pecho como un pecador: «Cordero de Dios...: no consideréis mis pecados... que esta unión de mi alma contigo no sea para mí causa de juicio ni principio de condenación».

¡Cuantísimos sacerdotes y pontífices, objeto de nuestra veneración, han pronunciado estas palabras: «Te ofrezco, Padre santo, esta hostia inmaculada por mis innumerables pecados!» Y la Iglesia les ha obligado a repetir: «Señor, yo no soy digno». ¿Por qué ese proceder de la Iglesia? Porque sin la compunción no puede alcanzarse el verdadero espíritu cristiano. Cuando el sacerdote suplica que su sacrificio vaya unido al de Cristo, dice: «Recíbenos, Señor, en espíritu de humildad y con el corazón contrito». La oblación de Jesucristo es siempre grata al Padre, pero, en cuanto ofrecida por nosotros, sólo lo será si nuestras almas están imbuidas de compunción y humildad, que es fruto de aquélla.

Este es el espíritu que anima a la Iglesia, esposa de Cristo, en la acción más sublime, más santa que realiza en la tierra. Aun cuando el alma se identifica con Cristo, uniéndose a Él por la comunión, la Iglesia quiere que no olvide su condición de pecadora, quiere que esté siempre impregnada del espíritu de compunción: «Recíbenos en espíritu de humildad y con el corazón contrito».

3. Lejos de ser incompatible con la confianza y gozo en Dios, la compunción los reafirma

Nadie dudará de que tales sentimientos de compunción prescritos por la Iglesia para la misa, sean oportunos en ella; pero podrá ocurrírse nos, tal vez, que hay que reservarlos para los momentos en

que se renueve el sacrificio de la cruz o se reciben los sacramentos, es decir, para la liturgia. ¿Deberemos, pues, considerarlos en los momentos ordinarios de la vida interior, como piadosas exageraciones, hipérboles o maneras de obrar excesivas? ¡Ah, no, por cierto!

He aquí lo que san Juan en su epístola, divinamente inspirada, dice: «El que afirma que no tiene pecado se engaña a sí mismo y no dice verdad» (1 Jn 1,8). Para las almas grandes y santas esta confesión es sincera, clara y diáfana, porque cuanto más se allegan a Dios, sol de justicia y santidad inmaculada, tanto más reconocen las manchas que las deslustran. El divino resplandor de que están bañadas pone de manifiesto, por singular contraste, las mínimas faltas, los defectos más insignificantes; su mirada interior purificada por la fe y el amor penetra más profundamente en las perfecciones divinas, y así comprenden mejor la bajeza de su ser y el abismo que las separa de lo infinito.

[«Delante de Dios y de sus perfecciones cada uno se reconoce a sí mismo y sus propias miserias; en el esplendor de su inmensa luz descubrimos nuestras sombras» (Dom Fustigière, *La liturgie catholique*, pág. 101)]. La más íntima unión con Cristo da a los santos un vivo y claro sentimiento de los sufrimientos que sobrellevó Jesucristo por la expiación del pecado; y por el conocimiento más elevado de la vida de la gracia, conciben mejor el horror de la ofensa hecha al Padre celestial, del desprecio de la pasión de Cristo y de la injuriosa resistencia al Espíritu Santo.

Se comprende, pues, que el haber ofendido a Dios, aunque haya sido una sola vez, debe conmover íntima y profundamente a estas almas. Su habitual actitud de pesadumbre y aborrecimiento del pecado demuestra una constante y sobrenatural delicadeza que agrada mucho a Dios y les atrae la misericordia infinita.

Por otra parte, el estado del alma de que vamos hablando, en manera alguna está en contradicción con la confianza y el gozo espiritual, con las efusiones de amor y la complacencia en Dios. San Agustín, san Benito, san Gregorio, san Bernardo, santa Gertrudis, santa Catalina de Siena, santa Teresa, todas estas almas, saturadas del espíritu de compunción, ¿no rebosaban al mismo tiempo de amor divino y gozaban las dulzuras del Espíritu Santo? ¿No habían llegado a un sublime grado de unión con Dios?

El amor y el gozo, lejos de encontrar un obstáculo en la actitud habitual de arrepentimiento que constituye la compunción, se apoyan en ella como en una de sus bases más sólidas, y sus impulsos tienen en ella su punto de arranque. ¿No es éste uno de los frutos más preciosos de esta disposición? ¿Cuál es, en efecto, la fuente principal de que dimana? El recuerdo de la ofensa hecha a Dios, bondad infinita. Por su misma naturaleza la compunción participa de la contrición perfecta, una de las formas más puras y singulares del amor. Excita constantemente la generosidad y dilección, que aspiran a reparar las pasadas culpas con un crecido fervor; inspira al alma la desconfianza en sí misma, pero la vuelve admirablemente dócil a la acción divina, extremadamente atenta a los movimientos del Espíritu; la pone en guardia contra la disipación voluntaria y la ligereza habitual, tan peligrosas para la vida sobrenatural y tan contrarias a nuestro estado religioso.

Nada hay tan peligroso para el alma como una familiaridad de mala ley en nuestras relaciones con el Señor; y la compunción nos libera de ese peligro, porque, como dice el padre Fáber, nos lleva a aprovecharnos mejor de los sacramentos, porque nos mueve a recibirlos con más humildad y arrepentimiento, con más vivo sentimiento de nuestras necesidades. La gracia no da toques en balde a la puerta del alma sobrecogida de este piadoso dolor... La tibieza no se compagina con este santo arrepentimiento, pues son dos tendencias que no pueden subsistir en la misma persona».

A veces la compunción es tan viva y profunda, que viene a ser principio de una vida nueva, llena de amor, consagrada totalmente al servicio de Dios. «Entonces –dice san Gregorio– el alma penitente es más agradable al Señor que otra inocente, pero mecida en una perezosa seguridad» [Reg. Past., III, C. 28. p. L., t. 77, col. 107].

La compunción, como verdadera fuente de humildad y generosidad, induce al alma a aceptar sin reserva la voluntad divina, en cualquier forma que se manifieste, y a pesar de todas las pruebas a que la someta; porque el alma las considera todas como medios de vengar en sí las perfecciones y derechos de Dios que el pecado había desconocido o ultrajado. Por el amor tan gravemente ofendido se somete de buen grado a cualquier contrariedad por dura y penosa que sea; y en ello encuentra además una fuente inagotable de méritos.

Todos conocemos el episodio de la vida de David cuando, hacia el fin de su reinado, se ve obligado a salir de Jerusalén por la rebelión de Absalón. En su huida se encuentra con Semeí, de la parentela de Saúl, que le arroja piedras al mismo tiempo que le maldice: «Huye, huye, hombre sanguinario, ahora te dan tu merecido.» Uno de los criados de David quiere castigar al insolente; mas el rey le detiene, diciendo: «Déjale; he aquí que el hijo de mis entrañas atenta contra la vida de su padre; y, ¿cómo admirarse de que un extraño me maldiga? Déjale, que Dios lo ha dispuesto así; tal vez el Señor atenderá a mi aflicción y me bendecirá a cambio de esta maldición» (2 Sam 16,5ss). Recordando sus culpas, lleno el corazón de estos sentimientos de compunción de que rebosa el Miserere, el santo rey acepta los ultrajes en expiación de sus pecados.

Este sentimiento es también origen de viva caridad para con el prójimo. Si en nuestros juicios somos severos y exigentes con los otros, si descubrimos con ligereza las faltas de nuestros hermanos, carece nuestra alma del sentimiento de compunción, porque el alma que lo posee ve en sí misma los pecados y debilidades de que adolece, se contempla tal como es delante de Dios, lo cual basta para destruir en ella el espíritu de vanagloria y hacerla indulgente y compasiva con los demás.

No por eso –y repitémoslo una vez más– hemos de creer que el gozo esté ausente de tal alma: todo al contrario. Excitando el amor, avivando la generosidad, fomentando la caridad, la compunción nos purifica más y más, nos hace menos indignos de unirnos a nuestro Señor; nos da seguridad de perdón y confirma la paz del alma. De esta manera no disminuye en nada la alegría espiritual ni el encanto de la virtud.

Así lo certifica san Francisco de Sales, quien, mejor que nadie, ha sabido hablarnos del amor de Dios y del gozo que de él dimana: «A la tristeza que proviene de la verdadera penitencia, más que tristeza debe llamársele disgusto y sentimiento de aborrecimiento del pecado; es una tristeza que no entorpece el espíritu, antes lo vuelve más activo, pronto y diligente; que no deprime el corazón, sino que lo levanta por la oración y la esperanza y estimula en él el fervor; que, en sus mayores amarguras, produce siempre el dulzor de un consuelo incomparable».

Y citando a un antiguo monje, eco fiel de la ascesis de tiempos remotos, añade el gran Doctor: «La tristeza, dice Casiano, que inspira la sólida penitencia y el agradable arrepentimiento del cual no nos arrepentimos jamás, es obediente, afable, humilde, suave, paciente como que proviene de la caridad; de tal manera que todo dolor corporal y toda la contrición del corazón es en cierto modo alegre, animada y vigorizada por la esperanza del provecho» [Práctica del amor de Dios, l. XI, c. 21, 5].

He aquí los naturales frutos de la compunción. Tan lejos está de amilanar al alma, que antes bien la hace más diligente en el servicio divino, lo que es ya un indicio de verdadera devoción. Y así, cuando el alma, al recuerdo de las transgresiones pasadas, recuerdo que debe referirse al hecho de haber ofendido a Dios, no a las circunstancias de la misma ofensa–, se humilla delante de Dios y se sumerge en llamas de contrición que purifiquen el orín que la corroe, cuando se reconoce sinceramente indigna de las gracias divinas: «Apártate de mí, qué soy un pecador» (Lc 5,8), Dios se vuelve a ella con infinita bondad: «No despreciarás, Señor, al corazón contrito y humillado» (Sal 50,19).

Cuando ve un alma que se esfuerza sin cesar en purificarse de sus culpas y con buena voluntad se esmera en reparar las infidelidades cometidas, Dios se inclina hacia ella lleno de misericordia. «Dios –dice san Agustín– atiende más a las lágrimas que al mucho hablar» [Sermón 47 del apéndice. P. L. XXXIX, col. 1838]. Y san Gregorio: «Dios no se hace esperar: con los dones

perdurables enjuga nuestras lágrimas momentáneas» [Homil. In Ev., l. II, hom. XXXI, 8. P. L., LXXVI, col. 1232].

Penetrado de estos pensamientos, nuestro bienaventurado Padre quiere que «todos los días confesemos con lágrimas y llanto, en la oración, los excesos que hemos cometido» (RB 4). No dice san Benito, «de vez en cuando», sino «cada día». Y ¿por qué esta recomendación? Porque sabe, y quiere que nosotros lo entendamos así, que si «somos oídos será a causa de esta actitud humilde del alma contrita» (RB 20). El santo Patriarca tenía sus profundas razones al asentar este indiscutible axioma de la ascesis monástica.

[«Quiere san Benito conservar nuestras almas a tono con el Miserere: el estado íntimo de David penitente, pero rebosando confianza en la divina misericordia, ya que David de continuo reasume en los salmos la alternativa entre la contrición y el amor» (Dom Festugière, o. c., págs. 101-102)].

4. Nos da fuerzas contra las tentaciones

Otro fruto, y de los más preciosos, del espíritu de compunción, es el fortalecernos contra las tentaciones. Fomentando en nosotros el odio al pecado, la contrición nos pone en guardia contra los amagos del enemigo.

Y porque la tentación tiene un papel tan importante en la vida espiritual, conviene hablar de ella; veremos además que para resistirla nos suministra la compunción una de las más necesarias y eficaces armas.

Se imaginan algunos que la vida interior es un fácil ascender, cómodo y sin sacudidas, por un camino sembrado de flores. Sabemos que generalmente no es así, por más que Dios, dispensador magnánimo de sus dones, pueda llevarnos a Él por los caminos que más le plazca. Ha tiempo que en la Sagrada Escritura se ha escrito: «Hijo mío, si te quieres consagrar al servicio de Dios –y a esto venimos al monasterio, escuela donde se enseña a servir al Señor (RB, pról.)–, prepárate para la tentación» (Ecl 2,1). De hecho, nosotros, en las condiciones presentes de nuestra naturaleza, no podemos encontrar plenamente a Dios sin ser zarandeados por la tentación; y más arrecia el enemigo sus combates contra los que más buscan sinceramente al Señor y tratan de plasmar con más perfección la imagen de Jesucristo.

Pero se dirá que, siendo la tentación un peligro para el alma, sería mucho mejor no sufrirla. Nos sentimos naturalmente llevados a envidiar la suerte del que no fuera nunca tentado. Feliz él, diremos con una sincera exclamación. Tal es, quizá, en efecto, el parecer de la humana sabiduría, pero Dios nos dice lo contrario: «Dichoso el hombre que es tentado» (Sant 1,12). ¿Por qué el Espíritu Santo lo proclama feliz, cuando nosotros lo juzgamos desdichado? Porque el ángel decía a Tobías: «Ya que eres grato a Dios, convenía que la tentación te probase» (Tob 12,13). ¿Será acaso por la tentación en sí misma? No, por cierto, sino porque Dios quiere aquilatar nuestra fidelidad; sostenida por la gracia, esta fidelidad se fortifica con la lucha, y obtenemos por su victoria la corona de la vida (Sant 1,12).

Las tentaciones sufridas pacientemente son fuente de méritos para el alma, y ocasión de gloria para Dios; porque el que responde con constancia a la prueba acredita la potencia de la gracia: «Te basta mi gracia; mi poder se manifiesta en tu debilidad» (2 Cor 12,9). Dios reclama de nosotros este homenaje y esta gloria. Miremos al santo Job. La Escritura nos dice que el Señor se ufanaba de la perfección de este justo. «Un día –dice el sagrado texto, dramatizando la escena– el demonio compareció ante Dios, que le dijo: «¿De dónde vienes?» «De darme un paseo por el mundo», contestó él. Y el Señor: «¿Te has fijado en mi siervo Job, que no tiene semejante en la tierra en sencillez, rectitud, temor de Dios, y bondad de obras?» Satanás contestó con desenfado: «Valiente mérito el de un hombre al que todo le va bien, y le sonrío la fortuna; pero retírale tu protección, hazle sentir la escasez y verás cómo te maldice» (Job 1,7-11).

Dios permite al demonio que ejerza su maligna influencia en sus bienes, en su familia y en su misma persona; helo aquí despojado de todo, cubierto de lepra, abandonado en un estercolero y, por colmo de desdicha, obligado a sufrir los escarnios de su mujer y sus amigos, que le incitan a blasfemar de Dios. Pero Job se mantiene fiel al Señor, con una constancia firme e invencible: ni un ademán de rebeldía en su corazón, ni la menor queja asoma a sus labios; sólo la sumisión y la resignación le arrancan estas palabras: «El Señor me lo dio, y el Señor me lo quitó; sea por siempre su nombre bendito... Si de Él recibimos los bienes, ¿por qué también no hemos de aceptar de su manó los males?» (Job 1,21; 2,10). ¡Qué constancia tan heroica! ¡Qué gloria no da a Dios bendiciéndole en medio de sus miserias! Sabemos también que Dios, tras la prueba, le acrecentó las riquezas; la tentación no sirvió más que para realzar la fidelidad de Job.

La tentación realiza, además, en ciertas almas un trabajo que nada puede reemplazar. Las hay rectas, sí, pero envanecidas, que no llegarán a la divina unión sino después de ser humilladas, abatidas. Bien les vendrá conocer palpablemente el abismo de su propia flaqueza y cómo experimentar la absoluta dependencia que tienen de Dios, para que aprendan a desconfiar de sí mismas. Sólo la tentación les manifiesta su impotencia; cuando se ven sacudidas por ella experimentan la necesidad de humillarse, porque se sienten al borde del abismo y no tienen más remedio que pedir angustiosamente el auxilio divino; ésa es la hora de la gracia. La tentación mantiene a estas almas vigilantes acerca de su debilidad, y las conserva en un constante espíritu de dependencia de Dios; para ellas es la mejor escuela de humildad.

Para otras almas la tentación es un revulsivo contra la tibieza: sin ella caerían en la indolencia espiritual; la tentación es un estímulo que mediante la lucha aviva el amor y da a la fidelidad ocasión de manifestarse. Tenemos el ejemplo de los Apóstoles en el huerto de Getsemaní. Aun cuando de antemano les había advertido el divino Maestro que velasen y orasen, se abandonan al sueño; no sintiendo el peligro, se dejan sorprender por los enemigos de Jesús y huyen abandonándolo. ¡Cuán diferente proceder habían observado cuando en el lago luchaban contra la tempestad! Ante el peligro que les amenazaba corrieron a despertar al Maestro con el grito de angustia: «Sálvanos, Señor, que perecemos» (Mt 8, 25).

Finalmente la tentación es un gran medio de adquirir experiencia. Ésta es un precioso fruto de la misma, porque por la tentación nos hacemos aptos para ayudar a los que vienen a nosotros en demanda de auxilio. ¿Cómo podríamos ayudar eficazmente a las almas probadas, si nosotros mismos no hubiéramos pasado por parecidas pruebas? San Pablo dice de Jesucristo que «quiso experimentar todas nuestras flaquezas, excepto el pecado (Heb 4, 15), para mejor compadecer nuestras debilidades» (Heb 2, 18).

No nos amilanemos, pues, en la tentación, por frecuente y violenta que sea. Es una prueba, y Dios la permite para nuestro bien. Por fuerte que sea, no es un pecado mientras no nos exponamos voluntariamente a sus instigaciones y no consintamos en ella. Sentiremos tal vez su atractivo, su deleite; pero mientras la voluntad no ceda estemos tranquilos, porque Jesucristo está con nosotros y en nosotros. ¿Y quién más fuerte que Él?

5. Cómo debemos resistir a la tentación

Venga de donde viniere la tentación –del demonio, del mundo o de nuestras malas inclinaciones–, y preséntese como quiera, debemos resistirla con valentía y sobre todo con presteza. Nuestro bienaventurado Padre se nos muestra como modelo de esta generosa resistencia.

Todos sabemos cómo un día, tentado por el recuerdo de los placeres mundanos, se despojó de sus vestidos y revolcándose en un zarzal quedó su cuerpo ensangrentado [S. Gregorio, Diálogo., l. II, c. 2]: acto que tal vez no tiene parejo en los anales de la santidad, y muestra su gran fuerza de ánimo. El santo Patriarca sabía, pues, por experiencia lo que era la tentación, y cómo se la resiste. Ahora

bien, ¿qué nos aconseja? Empleando el lenguaje de su ascesis, diremos que nos provee de tres «instrumentos» para combatir: «Velar a todas horas sobre la propia conducta; estar firmemente persuadidos de que Dios nos está mirando en todo lugar; estrellar en Cristo, sin demora, los malos pensamientos que nos sobrevengan» (RB 4).

La vigilancia nos estaba ya sumamente recomendada por el mismo Señor: «Vigilad» (Mt 26, 41). ¿Cómo obtenerla? Con el espíritu de compunción. Cuando el alma lo posee está siempre en guardia. Conociendo por propia experiencia su flaqueza, siente horror a cuanto puede llevarla a ofender de nuevo a Dios. Animada de este temor, llena de amor, se mantiene en vela para esquivar cuanto podría apartarla de este Dios, «que día y noche se preocupa de ella».

Y como desconfía de sí misma acude a Cristo: «orad» (Mt 26,41). «El verdadero discípulo de Cristo –dice nuestro bienaventurado Padre– es aquel que, rechazando de las puertas de su corazón el espíritu maligno, con su misma sugestión lo aniquiló» (RB, pról.). Y ¿cómo haremos impotente al maligno y su malicia? «Arrancando los primeros renuevos de las sugestiones diabólicas y estrellándolas en Cristo» (RB, pról.). San Benito compara los malos pensamientos a renuevos del diablo, padre del pecado; y nos dice que hay que rechazarlos y reducirlos a la nada estrellándolos contra Cristo tan luego como se manifiesten: *mox ad Christum allidere* (RB 4).

Mox, esto es, al instante: las sugestiones hay que sofocarlas en cuanto aparezcan; si las mimamos, arraigan y después carecemos de energía para resistirlas. Es más fácil vencerlas al principio que cuando por descuido se las ha dejado desarrollar. Son «renuevos» que hay que quebrar, esto es, débiles y como recién salidos, fáciles de destruir. Con la expresión «estrellar contra Cristo» el bienaventurado Padre recuerda el anatema del Salmista contra Babilonia, la ciudad pecadora: «Dichoso el que arrebate tus hijos y los estrelle contra las piedras» (Sal 136,9).

[San Jerónimo (Ep. XXII, 6), san Hilario (in Ps. 136, 14) y san Agustín emplean la misma imagen: «¿Quiénes son los párvulos de Babilonia? Los malos deseos nacientes... Mientras son pequeños... estréllalos contra la piedra... La piedra era Cristo». Interpretación del Sal 136,21]. Y Cristo, según san Pablo, «es la piedra angular de nuestro edificio espiritual» (Ef 2,20).

Acudir a Jesucristo es, en efecto, el medio más seguro de vencer las tentaciones: el demonio teme a Cristo y tiembla ante su cruz. ¿Somos tentados contra la fe? Digamos al momento: «Cuanto reveló Jesucristo lo aprendió del Padre; es el Unigénito que, del seno del Padre, vino a manifestarnos los secretos que Él sólo conocía: ésa es la verdad. Sí, Señor mío, Jesús, yo creo en Vos; pero aumentad mi fe».

¿Somos tentados contra la esperanza? Miremos a Jesús en la cruz, hostia propiciatoria por los pecados de todo el mundo. Es el Pontífice santo, y «que por nosotros entró en el cielo y siempre intercede en favor nuestro» (Heb 7,25). Él ha dicho: «Al que viniere a Mí, no le rechazaré» (Jn 6,37). ¿Se insinúa en nuestro corazón un sentimiento de desconfianza? ¿Quién nos ha amado más que Cristo? «Me amó y se entregó a mí» (Gál 2,20). Cuando el demonio nos inspire sentimientos de orgullo miremos a Cristo Jesús: era Dios y con todo se anonadó y humilló hasta la muerte ignominiosa del Calvario. ¿Y habría de ser el discípulo de mejor condición que el maestro? (Lc 6,40). ¿Es el amor propio el que nos sugiere deseos de venganza? Miremos también a Jesús, nuestro modelo, en su pasión: «No apartó su rostro de los que le escupían y golpeaban» (Is 50,6).

Si el mundo, cómplice del demonio, nos lisonjea con halagos pecaminosos, vanos y pasajeros, refugiémonos junto a Jesús, a quien Satanás osó prometer la gloria y el mundo entero si quería adorarle: «Señor Jesús, lo abandoné todo por ti, por seguirte más de cerca; no permitas que jamás me aparte de ti». [Ordinario de la Misa: Oración antes de la comunión]. No hay tentación que no pueda vencerse con el recuerdo de Cristo: *mox ad Christum allidere*. Y si la tentación persiste, si va acompañada especialmente de sequedad y tinieblas espirituales, no desfallezcamos: es señal de que Dios quiere vaciar nuestra alma de sí misma para ensanchar su capacidad divina y colmarla de su

gracia: «Le podará para que dé más fruto» (Jn 15,2); como los discípulos, gritemos de todas veras a Jesús: «Sálvanos, Señor, que perecemos» (Mt 8,25).

Si lo hacemos así en el momento de la tentación, mox, cuando es todavía floja; si especialmente nuestra alma se mantiene en aquella actitud de arrepentimiento habitual que constituye la compunción, estemos seguros de que el demonio será impotente contra nosotros; la tentación nos servirá únicamente para mostrar nuestra fidelidad, fortalecer nuestro amor, y hacernos más gratos al Padre celestial.

6. Medios de conseguir la compunción: la meditación frecuente de la pasión de Cristo

¿De dónde sacaremos este espíritu de compunción? ¿Cómo adquiriremos tan gran bien?

Ante todo, pidiéndoselo a Dios. Este «don de lágrimas» es tan precioso, es una gracia tan singular, que sólo la obtendremos implorándola del «Padre de las luces, del cual procede todo don perfecto» (Sant 1,17). Contiene el misal una oración «para pedir lágrimas»; y los antiguos monjes la recitaban con frecuencia. Repitámosla nosotros: «Dios omnipotente y misericordioso, que para el pueblo sediento hiciste brotar de la piedra una fuente de agua viva; sacad de nuestro duro corazón lágrimas de arrepentimiento para que lloremos nuestros pecados y así merezcamos el perdón por vuestra misericordia».

Podemos también recitar ciertas plegarias de la Sagrada Escritura, adoptadas por la Iglesia, como aquélla de David después de su pecado. Sabemos cuán grato era al corazón de Dios el gran rey, y de cuántos beneficios le había colmado; mas he aquí que cae en un gran pecado, escandalizando al pueblo con un homicidio y un adulterio. El Señor le envía un profeta para excitarlo al arrepentimiento; y David se humilla, se golpea el pecho y exclama: «He pecado». Esta confesión sincera le atrae el perdón: «Dios te ha perdonado» (2 Sam 12,13).

El rey compuso entonces el bello salmo Miserere, que respira por igual contrición y confianza: «Ten, Señor, piedad de mí según tu gran misericordia; lávame más y más de mi iniquidad; contra ti sólo pequé, y mi culpa la tengo presente; no me arrojes de tu faz, y no me prives de tu santo espíritu». Hasta aquí la contrición. Y la esperanza que le es inseparable: «Vuélveme el gozo que nace de tu saludable influjo... abre mis labios, y proclamarán tus alabanzas... el sacrificio que te agrada es un corazón deshecho por el arrepentimiento, porque tú, Dios mío, no desechas al corazón contrito y humillado» (Sal 50).

Tales acentos conmueven el corazón de Dios: «Has atendido, Señor, mis lágrimas» (Sal 55,9). ¿No ha llamado Jesucristo «bienaventurados» a los que lloran? (Mt 5, 5). «Pero entre éstos, nadie es más pronto consolado que aquel que llora sus pecados. En otros casos, el dolor, en vez de remediar un mal, es nuevo mal que lo agrava: el pecado es el solo mal que se remedia con el llanto... El perdón del pecado es fruto de estas piadosas lágrimas» [Bossuet, Meditaciones sobre el Evangelio, Sermón de la Montaña, 4º día].

A la oración que pide a Dios la compunción deben acompañar los medios espirituales que pueden excitarla, y ninguno más eficaz que la frecuente mediación de la pasión de nuestro divino Salvador. Si consideramos con fe y piedad los sufrimientos de Jesucristo, nos serán revelados el amor de Dios y su justicia: conoceremos, mejor que con razonamientos, la malicia del pecado.

Esta meditación es como un sacramental, que hace participar al alma de aquella divina tristeza de que fue invadida el alma de Jesús en el huerto de Getsemaní, de sus sentimientos de religión, celo y abandono a la voluntad del Padre. Jesús era el propio Hijo de Dios, en el cual el Padre, cuyas exigencias son infinitas, se complace; y no obstante, «su Corazón rebosaba tristeza, y una tristeza mortal» (Mt 26,38). He aquí, lo dice san Pablo, que «de su pecho sale un gran clamor, y lágrimas de

sus ojos» (Heb 5,7), porque se siente «cargado con el peso de todas las iniquidades del mundo» (Is 53,6).

Vino a ser como el macho cabrío de la expiación, cargado con todos los pecados. Verdad es que Él no podía ser propiamente «un penitente»; era incapaz de contrición y compunción tales como las hemos descrito, porque su alma era santa e inmaculada; la deuda que ha de pagar es nuestra y no suya: «Fue castigado por nuestros pecados» (Is 53,5). No obstante, a causa de esta sustitución, Jesús quiso sentir la tristeza, que debe tener toda alma por sus culpas; quiso recibir los golpes del amor y de la justicia ultrajados; por eso «fue despedazado por un inmenso dolor» (Is 53,10).

«No es broma que yo te haya amado», dijo un día nuestro Señor a la beata Ángela de Foligno. «Estas palabras –escribe la Santa– penetraron en mi alma como un golpe mortal; no sé cómo no morí, porque mis ojos vieron en la luz la verdad de estas palabras». La Santa indica con precisión el objeto de su visión: «Vi todo lo que padeció en vida y muerte por mi amor, por la virtud indecible de este amor que le abrasaba las entrañas. No, no; en manera alguna había sido por broma; sino con un amor terriblemente serio, verdadero, profundo, perfecto, que estaba en todo su ser». ¿Qué efecto produjo en la beata esta contemplación? Un profundo sentimiento de compunción. Oigamos cómo se juzga por sí misma, a la luz de Dios. «Entonces mi amor, el amor hacia Él, me pareció una broma ruin, una abominable mentira. Mi amor, me decía a mí misma, ha sido un juego, una mentira, una afectación. Yo nunca pretendí acercarme a Ti con verdad, para compartir tus padecimientos por mí; yo no te serví nunca en la verdad y perfección, sino con negligencia y falsedad» [Libro de las visiones, c. 33].

Ya vemos cómo las almas santas se conmueven y humillan al considerar los padecimientos de Cristo. La noche de la pasión, Pedro, el príncipe de los Apóstoles, al que Jesús había mostrado su gloria en el Tabor, que poco antes había comulgado de su divina mano; Pedro, a la voz de una criada, niega a su Maestro; mas al instante se encuentra con la mirada de Jesús, el cual entonces sufría los escarnios de sus enemigos. Y el Apóstol lo comprende todo: sale del atrio y derrama «amargas lágrimas» (Mt 26,75).

Idéntico efecto produce en el alma que contempla a Jesús con fe, en sus sufrimientos; ella también le sigue, como Pedro, la noche de la pasión; se encuentra también con la mirada del divino Crucificado, que es una gracia extraordinaria. Practicando el vía crucis acompañemos a menudo a Jesús paciente. «He aquí –nos dirá Él– lo que padezco por ti: sufrí una agonía de tres horas, el abandono de mis discípulos, los salivazos en mi cara, falsos testimonios, la cobardía de Pilato, los escarnios de Herodes, el peso de la cruz bajo la cual caí varias veces, la desnudez en el patíbulo, los virulentos sarcasmos de mis mortales enemigos, la sed que quisieron apagar con hiel y vinagre y, para colmo, el abandono de mi Padre. Por ti, por tu amor, por expiar tus pecados y tus deslices, lo he sufrido todo; he saldado tu deuda con mi sangre, he satisfecho a las terribles exigencias de la justicia divina para alcanzarte misericordia».

¿Podremos permanecer insensibles ante estos requerimientos? La mirada de Jesús moribundo llega hasta el fondo de nuestra alma, moviéndola a penitencia; porque le hace ver el pecado como causa de todos estos padecimientos, y nuestro corazón se aflige de haber contribuido a su pasión. Cuando Dios ilustra de esta manera a un alma con su luz, le concede una de las gracias más preciosas.

El pesar irá, por otra parte, acompañado de amor y confianza; porque el alma no ha de abatirse desesperada bajo el peso de los pecados; la compunción va acompañada de unción y confortamiento; el pensamiento de la redención se sobrepone en nosotros a la vergüenza y dolor que nos deprime. ¿No ha saldado Jesús «con creces nuestra deuda?» (Sal 129,7). La meditación de sus sufrimientos, al par que excita en nosotros la compunción, reaviva la esperanza «en el valor infinito de sus divinas satisfacciones, y nos reporta una paz inefable» (Is 38,27).

Considerando nuestro pasado, tal vez nos veamos llenos de miserias e infidelidades; tal vez sintamos la tentación de decir a Cristo: «Señor, ¿cómo podré serte grato?» Recordemos entonces

que Él bajó a la tierra en busca de pecadores (Mt 9,13) y que Él mismo dijo: «Más se alegran los ángeles de la conversión de un pecador, que de la perseverancia de muchos justos» (Lc 15,7). Cada vez que el pecador se arrepiente y obtiene el perdón, los ángeles del cielo «glorifican a Dios por su misericordia» (Sal 135). Rumiemos bien estas palabras del Dies irae: «Tú que perdonaste a la Magdalena, y oíste al buen ladrón, me has dado esperanzas»; y nos sentiremos llenos de confianza. Jesucristo perdonó a la Magdalena.

Más aún: la hizo objeto de un amor especial; a la que era ludibrio de su sexo la equiparó a las vírgenes. Lo que Cristo obró en la Magdalena, puede volver a realizarlo con el mayor de los pecadores rehabilitándolo y santificándolo. «¿Quién sino tú solo puede hacer pura la impureza?» (Job 14,4). Es Dios, y sólo Dios tiene el poder de renovar la inocencia en la criatura; tal es el triunfo de la sangre de Cristo.

Pero esta inefable renovación sólo se verifica a condición de imitar a la pecadora del Evangelio en su arrepentimiento y amor. Magdalena es un perfecto modelo de compunción. Contemplémosla en el convite de Simón, postrada a los pies del Salvador, bañádoselos con sus lágrimas y enjugádoselos con los cabellos, adorno de aquella cara que había seducido a las almas, humillándose ante los convidados y derramando, al mismo tiempo que unos costosos perfumes, la efusión de su amor compungido. Más tarde seguirá a Cristo generosamente hasta el Calvario, y el amor le hará compartir los dolores y oprobios de Jesús. El amor la llevará la primera al sepulcro, hasta que Cristo resucitado la llame por su nombre, y así recompense su ardiente celo y la haga mensajera de su Resurrección a los discípulos: «Se le perdonó mucho porque amó mucho» (Lc 7,47).

Estemos a menudo con Magdalena al pie de la cruz. Después de la aplicación de los méritos de Jesús en el sacramento de la Penitencia; después de asistir al santo sacrificio de la misa, que reproduce la inmolación del Calvario, la compunción es el medio más seguro de destruir el pecado y prevenirse contra las recaídas.

Fomentemos, pues, en nosotros esta disposición, que da frutos infinitamente preciosos; conservémosla fielmente porque dará mayor solidez a nuestra vida espiritual, y nos asegurará la perseverancia. «Si hay algo –dice muy bien el padre Fáber– que pueda acompañarnos durante toda la vida, es el sentimiento de compunción. Ha sido causa de nuestro retorno a Dios, y no hay cumbre en la santidad que con nosotros no pueda escalar» [cfr. o.c.]